Valeria Manzano,
Historia de la juventud en la Argentina de los siglos XX y XXI,
Buenos Aires, Siglo XXI, 2025, 304 páginas

Hay libros que no pasan desapercibidos, otros que son imprescindibles, y los que perduran. La *Historia de la juventud en la Argentina de los siglos XX y XXI*, de Valeria Manzano, entra en cada una de esas categorías. La historiadora madura de la *La era de la juventud en Argentina* y de *La última ilusión* –su primero y su último libros– nos ofrece una obra de extraordinario atractivo y potencia intelectual.[1]

Este libro atrapa al abrirlo, y sostiene el interés de principio a fin. No hay ninguna casualidad. Manzano utiliza un sinfín de estrategias para sostener la atención. Están las historias de personas de carne y hueso, las anécdotas de un archivo desbordante (prensa, cine, música), los detalles reveladores (las melenitas a la garçon y las melenas largas de los 60), la capacidad de colocarlos a cada paso y combinarlos con información maciza (estadísticas, índices, costos de vida) sin perder de vista el sostén de la interpretación. Es el estilo Manzano: nunca decae el ritmo, el argumento es diáfano –puede ser seguido por cualquiera–, pero, a la vez, elude cualquier simplificación.

La *Historia de la juventud en la Argentina* tiene una solidez inusual. Por un lado, es una historia de los jóvenes y la juventud argentina profunda y reveladora, inserta en dinámicas globales pero sin desconocer las singularidades nacionales. Vale aclarar que no existe ninguna lectura subordinada a los fenómenos ni a las interpretaciones surgidas en otras latitudes. Por el contrario, Manzano dialoga, aporta, construye una historia argentina de la juventud que al mismo tiempo es parte y contiene la escala global. Por el otro lado, el libro no es solo una historia de los jóvenes, sino, directamente, de la Argentina del siglo XX y lo que llevamos del XXI.

Con esa intención, el libro asume dos apuestas nodales. La primera radica en entender que la juventud es una categoría histórica surgida en determinado contexto, es decir, que los jóvenes, al igual que la niñez, suponen una percepción de la edad que no está dada en la naturaleza, sino que emerge de procesos concretos en un tiempo determinado y, me adelanto, que esa categoría (noción, percepción) en el siglo XX remite a escala global a la relación entre pasado, presente y futuro, es decir, a una visión del tiempo histórico ascendente y promisoria, que se proyectó sobre los jóvenes. La segunda apuesta implica asumir que la historia de la juventud (y de los jóvenes) tiene valor por sí misma, pero, a la vez, está unida a cada paso a fenómenos cruciales de la historia argentina y permite contribuir de modo decisivo a su comprensión. De allí que el libro, en cada sección, coloque las grandes cuestiones históricas: la participación política, las relaciones de clase y género, la inequidad social y las promesas o expectativas para revertirla, el crecimiento económico y sus efectos en la distribución de la riqueza en la trepidante sociedad argentina.

En el cruce de ambas apuestas, este es un libro con una base estructural transversal que, sin perder de vista las dinámicas colectivas, nunca se desentiende de las vidas concretas. Manzano sigue el pulso de la sociedad argentina desde un inicio del siglo XX en el que muchos jóvenes transitaban avenidas amplias y podían creer en el progreso propio y del país, hasta un presente en el que las desigualdades produjeron una fragmentación tal que los caminos no se cruzan. Es decir,

[1] Valeria Manzano, *La era de la juventud en Argentina. Cultura, política y sexualidad desde Perón hasta Videla*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2017 (traducción de *The Age of Youth in Argentina. Culture, Politics & Sexuality from Perón to Videla*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2014), y *La última ilusión. La crisis de la revolución en América Latina, 1979-1991*, Guadalajara, Calas, 2025. Junto con estos libros, Manzano escribió numerosos y decisivos artículos y compilaciones igualmente importantes.

 DOI: https://doi.org/10.48160/18520499prismas30.1732

si los primeros capítulos están marcados por el dinamismo que colocó a los jóvenes en el cruce de las esperanzas, los últimos lo están por las crisis, las frustraciones, la incertidumbre.

Permítaseme situar el libro en contexto. Las obras de síntesis suelen coronar largas décadas de estudios históricos. Pero no es este el caso. El libro está hecho al calor de la creación de un campo que, como tal, es aún emergente. Prácticamente, dicho campo no existía cuando el epílogo comienza con la crisis de 2001. De allí que esta obra es un punto de llegada de un campo en construcción, si se me permite el oxímoron, que hizo posible Manzano en su propia trayectoria, con su capacidad de trabajo e intelección, con aportes que, como sucedió con mi propio trabajo, apuntaron a entender diferentes problemas y fenómenos (la música, la familia, la infancia, el feminismo, la radicalización política) para lo que requerían poner en primer plano el protagonismo juvenil, junto a los nuevos libros y un conjunto de tesis –de gran calidad– que han visto la luz recientemente. La escasez de investigaciones tuvo un costado virtuoso: dio lugar a una conversación coral con esa producción y a la vez exigió un diálogo –en el doble sentido de inspiración y discusión– con la literatura internacional, con las obras clásicas y también con las más novedosas.

La emergencia de la juventud, según la hipótesis del libro, requiere atender a las dinámicas de reproducción social (especialmente el trabajo y las migraciones), a la par que a las capacidades sociales y estatales para producir marcadores de edad con experiencias concretas (la educación, las regulaciones laborales y jurídicas, el servicio militar); dar cuenta además de las intervenciones de otros actores, fuerzas políticas y sociales, que activaron y organizaron a los jóvenes y, finalmente pero no menos importante, considerar el entretenimiento y la cultura de masas en tanto experiencia decisiva que catalizó y modeló identidades, culturas y experiencias. En el cruce de estos fenómenos, los jóvenes fueron parte de los procesos económicos, sociales y políticos, y a la vez esa reconstrucción estructural hace parte sustancial de la comprensión. Tal hipótesis organiza el libro, que considera estos andariveles en cada etapa histórica –aunque la reconstrucción no siempre pueda apoyarse con igual detenimiento en cada uno–.

La obra sigue un hilo cronológico. En la base está la composición demográfica de principios del siglo xx, la sociedad argentina transformada por las migraciones interoceánicas y un país en el que la mayor parte de la población era joven, lo que explica la escasa entidad de la juventud en tanto categoría y experiencia singular. Esta idea está en el centro del primer capítulo. Manzano argumenta que los espacios exclusivamente juveniles eran reducidos. Predominaban dinámicas intergeneracionales en el trabajo, la política y el entretenimiento. Sin embargo, sostiene, ese escenario cambiaría rápidamente con interpelaciones políticas de diferente cuño y con el accionar político en la Reforma Universitaria. Fueron, justamente, educadores, intelectuales y luego políticos –no solo socialistas o radicales, sino nacionalistas y conservadores– los que contribuyeron –de modo esporádico al comienzo y con creciente intensidad– para que la juventud y los jóvenes anudaran esperanzas y ansiedades en el tormentoso siglo xx.

Los capítulos tercero y cuarto recorren los tramos centrales del siglo xx, entre 1930 y 1950, décadas nodales en la historiografía argentina y claves para la emergencia de la juventud. La puerta de entrada es doble: el entretenimiento –gran matriz interpretativa y a la vez fuente privilegiada en esta obra– y el escenario estructural, que se modifica por los cambios en las políticas de Estado. Así, destacan el aumento de la matrícula secundaria y las mejoras de las condiciones de vida para asistir a clases, que crean experiencias comunes entre grandes contingentes de jóvenes, junto con la activación juvenil en movimientos políticos, religiosos, cívicos (desde el catolicismo a la Unión de Estudiantes Secundarios del peronismo) sin que existiese un solo movimiento que hegemonizara tal activismo. Manzano atiende, en ese momento crucial, también a las preocupaciones expertas (educadores, juristas, médicos) que concibieron a los jóvenes como un problema, con diagnósticos que motorizaban las ansiedades en torno a la

sexualidad y que tenían entidad internacional. En la amalgama de tales fenómenos surgieron experiencias comunes, identidades y representaciones que le dieron carnadura a la juventud en una Argentina en la que el trabajo y las políticas públicas abrieron ondas expansivas de inclusión.

El capítulo siguiente abarca los "largos años sesenta" (desde mitad de los cincuenta hasta comienzos de los setenta), momento alto de esta historia y zona de mayor producción histórica, y repone con maestría la acumulación de la autora y el campo. Con la atención puesta en los cambios en las pautas culturales y sociales –que se despliegan necesariamente en una temporalidad más larga–, a la par que a las convulsiones políticas y sociales que tuvieron su epicentro en las revueltas estudiantiles y obreras, este capítulo reconstruye el lugar de los jóvenes en el nudo de la radicalización y la contestación cultural, sin desconocer, obviamente, que no todos los jóvenes fueron parte de esas dinámicas.

A continuación, Manzano unifica bajo el título "Entre dos primaveras" (la del 73 y la del retorno democrático del 83) el estudio del ascenso de la polarización, y la dictadura militar que apuntó especialmente a los jóvenes en su estrategia de aniquilación (el 70% de las personas desaparecidas tenía entre 16 y 30 años). El desarrollo atiende al "monitoreo" represivo sobre los jóvenes, pero elude centrarse exclusivamente en esa cara que ha sido por trágicas razones la clave predominante, y también evita pensar a la dictadura solamente en términos de destrucción. Por el contrario, estudia la capacidad productiva del régimen a partir de las transformaciones estructurales (la reducción de la matrícula universitaria, el desempleo con sus efectos sobre las vidas de los adolescentes) que revelan el declive del ciclo expansivo de los ámbitos educativos. Y, al mismo tiempo, observa los esfuerzos directos para encuadrar a los jóvenes o convocarlos a expresiones de comunión política canalizadas en rituales escolares y sociales, como el fútbol. A contrapelo de la memoria hegemónica, muestra que la dictadura no fue un "apagón" cultural por completo. Reconstruye las oscilaciones de los ámbitos oficiosos y oficiales hacia el rock en vaivenes de represión, tolerancia y prohibición en consonancia con la repolitización de los jóvenes en los años previos y posteriores a 1983. La politización juvenil de la transición, sostiene, estuvo en el centro de un nuevo programa para la juventud argentina, que la convertía en el vector para la creación de una sociedad participativa, madura, responsable, que se opusiera a la violencia del pasado (de ambos signos) y la superase.

El fracaso de ese programa marca el capítulo final y el epílogo. Manzano habilita pensar que el presente no solo es la frustración de las esperanzas de la primavera democrática ni de las surgidas con el kirchnerismo luego del 2001: es el cierre de las promesas de inclusión social (o ascenso) que dieron forma a la Argentina contemporánea. En la actualidad tenemos una sociedad estructurada por crecientes desigualdades. La composición grave, desgarradora, de esta última sección es una genealogía del presente. La producción intelectual, como sabemos, está unida al contexto en el que surge. Muchas veces, esa ligazón nos es esquiva. Quizás, ahora, en medio de una crisis sin parangón, podamos notar que ese momento de construcción del campo –una de las etapas más estimulantes y creativas en la producción de conocimiento– implicaba pensar una escena cada vez más anacrónica, porque si nunca existió "una" sola juventud y existen múltiples formas de vivir esa etapa vital, la brecha de la desigualdad, la cerrazón de horizontes, la violencia estructural e institucional amenazan muy especialmente a los chicos y chicas más pobres, aun reconociendo que la desafiliación trasvasa las clases sociales con efectos diferentes en cada universo.

Hay un crujido de época que Manzano, esa historiadora esencial, registra, y nos permite pensar. Su reconstrucción de ese "largo siglo XX" nos abre una desazón, pero, a la vez, nos ofrece una interpretación poliédrica para comprender el pasado a la luz del presente. Las vidas de los jóvenes (y los niños, por cierto) están fracturadas. Nadie puede ofrecerles posibilidades de vida y sobrevida con dignidad mínima. Incluso, están cortados los puentes de contacto entre jóvenes de distintas clases sociales que ofrecían la escuela, la militancia social, la política.

Quisiera, sin embargo, cerrar este comentario con una visión menos oscura. Traer aquí el gran dinamismo cultural de los jóvenes –hipótesis fuerte de esta obra– y la vitalidad de las bandas de rock barrial, rap y cumbia villera, con su capacidad para modelar sociabilidades e identidades en esta encrucijada. Ese dinamismo permite recordar que la historia no está escrita, que el futuro es un territorio desconocido, con la esperanza de que lo habiten escenas y ritmos que hoy no podemos imaginar.

Isabella Cosse
Universidad Nacional de San Martín / CONICET